

PRELUDIO
EL DESPERTAR DE LA ANGUSTIA

Pilar Dasí Crespo
Benissa/Valencia, 3 de febrero 2018

El psicoanálisis se ocupa de lo que *no anda bien*, de lo que no funciona en la vida o en la existencia de un individuo y lo que llamamos síntoma perturba el cuerpo y nos obliga a plantear una nueva disposición metodológica entre un cuerpo del saber vinculado a la falta en ser y un cuerpo libidinal afectado por la angustia. Esta distinción concierne a la conceptualización misma de la angustia que está presente en la constitución del deseo a partir de la estructura de la causalidad del objeto: *Sólo la angustia transforma el goce en objeto-causa de deseo*¹. La angustia, señal de lo real, permite a Das Ding tomar forma de objeto a. La conexión de la angustia con lo real del goce es lo que Lacan acentúa como certeza, y la contrasta con lo dudoso del significante.

A partir de estos desarrollos se produce en Lacan un rebajamiento del papel del deseo, pues el deseo, en el fondo, es siempre un error sobre el objeto que cuenta. Al final del análisis el deseo se deshinchacha, pues no es más que un señuelo/semblante. Por eso, el analista no se deja fascinar por la interpretación del deseo y apunta al goce, a lo que no se deja significantizar.

La cadena significante da contenido al síntoma, especificidad en el cuerpo o en el pensamiento. Por eso la interpretación utiliza el equívoco, y en particular el equívoco homofónico, para cortocircuitar el sentido. Así se tocan los elementos del inconsciente fijados al goce y marcados por la repetición, y se puede producir un efecto de desplazamiento, un efecto sobre la fijación sintomática. Al final hay una nueva relación con la repetición, como validación de que hay algo nuevo en el decir.

La angustia es un afecto que no está reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que podrían nombrar el objeto en cuestión, el objeto de la angustia. Es aquello que para Freud hace señal en la superficie del yo, en referencia al yo ideal, y es una señal en relación al sujeto y el objeto a, para Lacan. Franquearla permite abordar lo oral, lo anal, lo fálico, lo escópico², lo invocante, pues en cada etapa de la estructuración del deseo debemos localizar el punto de angustia.

Hay un desarrollo de la Angustia en Freud y también en Lacan. La angustia en el *Seminario X* se produce cuando la falta que produce el deseo es perturbada, no cuando se pierde un objeto mundano, como se suele creer. Da cuenta del sadismo, del masoquismo, del pasaje al acto y del acting out. En el *Seminario XX* permite aprehender sobre la relación sexual, lo que constituye el objeto del deseo en las mujeres y en los hombres. En *RSI* participa del anudamiento borromeo, es un desbordamiento de lo Real en lo imaginario.

¹ La angustia es el motor de la represión, un operador de la exigencia pulsional

²La cuestión de lo escópico como marco del fantasma tiene todo su interés en el seminario de la Angustia (espacio) y la cuestión de lo invocante (temporalidad), respecto a lo que Lacan tenía previsto hablar al año siguiente sobre los Nombres del Padre.

La Tercera va dibujando hacia dónde nos lleva Lacan con la Topología, pero será en el *Seminario RSI* donde se despliegue la tríada freudiana de *inhibición, síntoma y angustia*. Allí nos dice que la Angustia es el *síntoma tipo de todo acontecimiento de lo real* y la respuesta pasa por la estructura clínica. Está ligada a las definiciones y a las palabras. Contextualizada en las condiciones sociales, a las etapas históricas. Es un afecto que no viene ni de lo simbólico ni de lo imaginario, por lo tanto es un afecto que no engaña. En definitiva, *La Tercera* abrocha el compromiso analítico en el campo de la teoría, de la clínica y de los lazos sociales, al distinguir un sentido como causa, del goce del sentido, instalado entre I y S, que no es más que goce de sentido del pensamiento.

El goce pulsional no es socializable, lo que abre una brecha entre el goce normalizado por el discurso y la verdad del goce singular, y por eso el Psicoanálisis trata de distinguir muy precisamente entre la enfermedad y los enfermos frente a la deriva en la que han entrado los dispositivos de la Salud, al olvidarse del enfermo en beneficio de la enfermedad³. Como nos recuerda Lacan, cada generación reinventa sus arreglos de goce con la aparición de sufrimientos inéditos en los sujetos y en las estructuras colectivas, y por eso la práctica analítica tiene que ubicar ese malestar en el contexto de las condiciones de la subjetividad de la época.

El neoliberalismo programa un desamparo organizado con diversas alternativas de "cosificación" que aumentan el *plus de goce* y conducen a una consolidación del fantasma que desemboca en un refuerzo de las fijaciones de goce. Insta al sujeto a un *goce autista* y sin freno por medio de una fetichización de bienes y objetos que a la vez arrasa con las particularidades, y retorna correlativamente en diversos tipos de segregación y fundamentalismos.

Si, como sabemos, para Freud, los objetos de la pulsión colman la pérdida de vida a través de las pulsiones parciales, hoy los *plus de gozar*, haciendo tapón de la castración, aumentan significativamente, lo que nos lleva a redescubrir lo problemático de los lazos actuales de los seres hablantes. Al respecto, el discurso cambiado por la metáfora reorganiza la realidad, pues las metáforas son mensajeras de la significación. Por ejemplo, "soy adicto" "soy alcohólico", "soy jugador", "soy anoréxica", señalan un anclaje en el discurso que no fomenta, e incluso impide, la formulación de interrogantes en torno al padecer subjetivo. Mientras que el discurso que funda el inconsciente marca un punto de imposibilidad en la relación sujeto-objeto, el discurso capitalista confiere un falso ser, definido por una práctica y no por un síntoma.

Paradójicamente, no son las Ciencias Sociales quienes se ocupan del malestar cuya señal es la angustia, sino que más bien lo forcluyen. En contraste, en el discurso psicoanalítico se trata de transmitir un decir propio que recoja las patologías del punto de almohadillado sobre la incertidumbre histérica y sus arrebatos de agitación, sobre los efectos de exceso de la cadena rota en la manía, sobre el pasaje al acto del obsesivo, la petrificación melancólica o las personalidades "como si" -para las que la palabra y la conducta son de prestado-, o sobre las voces y los neologismos del automatismo mental. En definitiva, lo Real es el eje de lo que atañe a su ética.

³ Ver 1 de 5. Jordi Évole. Salvados, Enero 2018. Agradezco a Daniela Aparicio su artículo y a Carmen Gallano sus comentarios al respecto en Facebook.